

# Bohemia

4 DE OCTUBRE DE 2002. AÑO 94. No. 20

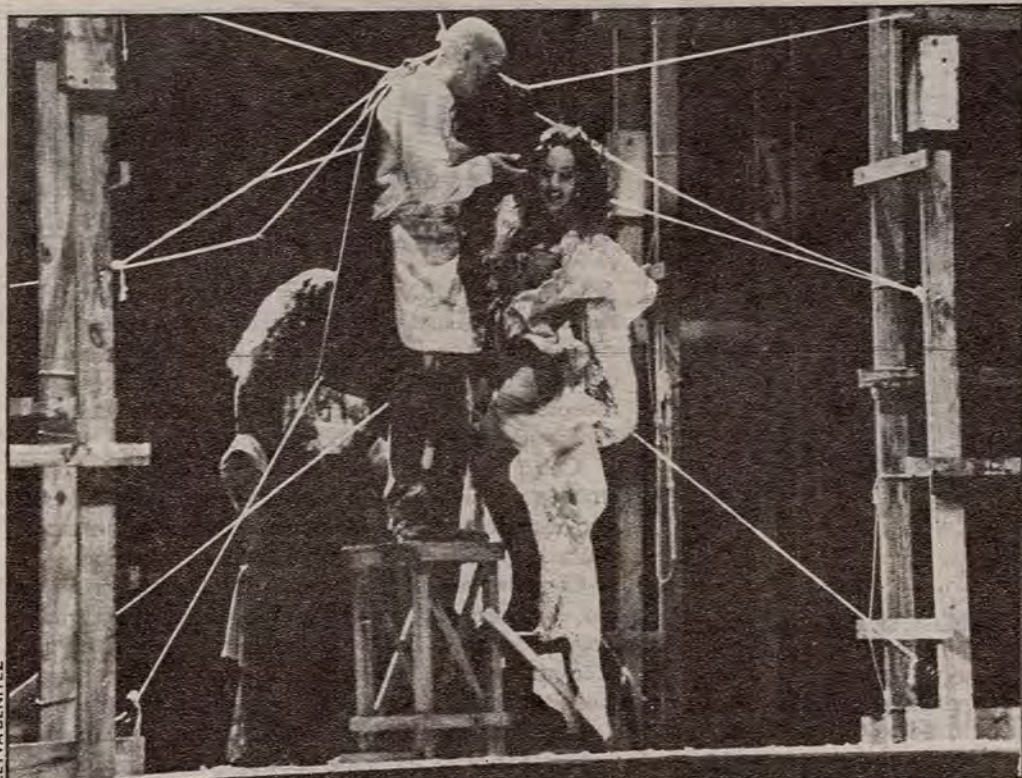
**CHE Y SUS COMPAÑEROS**

# **Aliento VIVO**



INSTITUTO DE HISTORIA DEL  
MOVIMIENTO COMUNISTA Y DE  
REVOLUCION SOCIALISTA DE  
HEMEROTECA





LEYVA BENÍTEZ

Cecilia (Amarilis Núñez) y José Dolores Pimienta (Teo Castellanos), al fondo, Nemesia Pimienta (Luz Marabal), en una escena de *Parece blanca*.

## TEATRO

# *Parece blanca* Y *Los hermanos queridos*

**Dos estrenos concitaron la atención de crítica y público durante varias semanas en la capital y otras provincias**

**A**LBERTO Sarraín, con el proyecto cultural *La Má Teodora* y la colaboración de entidades y actores de EE.UU. y Cuba, nos ofreció su *Parece blanca*, pieza del Premio Nacional de Teatro Abelardo Estorino, otra basada en la clásica novela decimonónica *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde. Y digo otra porque el resultado es otro y porque son otros los presu-

puestos estéticos del director general del mencionado proyecto cultural, quien desde años atrás lucha por vincular la escena de *las dos orillas*, siempre asumiendo *lo cubano*, al margen de posiciones políticas o de otra índole.

La puesta de Sarraín, al margen de las manchas —que hasta el Sol las tiene, como dijo Martí—, resulta una válida aproximación, a través de la

é tragicomedia? estorineana, a una cenital problemática de nuestra nacionalidad, vista mediante el prisma de la tragedia (*pathos*) y la tríada deseo/sexo/pasión (*eros*).

Pero hay más, mucho más, porque en *Parece blanca* se conjugan factores singulares de nuestra nación sincrética, cuya compleja y rica identidad le permite poseer una de las culturas más plurivalentes de Hispanoamérica, tal se demuestra en el interés mundial por manifestaciones como la música, la danza (folclórica y clásica), el cine, la plástica y las letras, particularmente en estos años.

Novela dentro del teatro o, teatro dentro de la novela, en *Parece blanca* las figuras que pueblan la pieza la actúan en contra de la trama original y los personajes originales de Villaverde, a los que quieren cambiar sus destinos. De ahí que interrumpan a ratos su discurso con deliciosas rupturas que, además de aportarles frescura y comicidad a tales criaturas y a la pieza, les confieren a ambos la necesaria

cubanía que tan bien refleja nuestra idiosincrasia, sin olvidar que tales "rompimientos" quiebran esa grandilocuencia decimonónica, tan propia de la época en que fuera escrita la novela, motivo también de una zarzuela y de un polémico filme cubano.

Se agradece a la orgánica Amarilis Núñez (*Cecilia*) su logro trabajo, como el de dos experimentados intérpretes: Miriam Learra (*Rosa Sandoval*) y Pancho García (*Cándido Gamboa*), sin olvidar la *Charo Valdés* de la avezada Doris Gutiérrez y la *Chepilla Alarcón* de otra actriz de larga praxis: Sonia Boggiano.

Solo dos personajes resultan fallidos en la interpretación: el *José Dolores Pimienta* de Teo Castellanos y la *Isabel Ilíncheta* de Michel Hernández, cuyo trazado de este personaje femenino deviene falso e inconsecuente al ser travestido en el contexto dramático y de puesta concebidos por Sarraín, al margen de su lectura actual.

Si descuellan, al nivel del resto del elenco, el *Leonardo Gamboa* de Pablo Durán, cuya labor es correcta y, sobre todo, la convincente *Nemesia Pimienta* de Luz Marabal, como también resalta el diseño escenográfico de Jesús Ruiz, el de vestuario de Alberto Castrillón, el de luces de Carlos Repilado, la coreografía de Rosario Cárdenas y la música de Juan Piñera, como el muy funcional maquillaje expresionista de Emma Bugallo y Rosa Rábade, que instala a los personajes en un ámbito fantasmagórico que se traduce en ideas, sombras, muertos que hablan.

En suma, si años atrás la *Parece blanca* que dirigiera el propio Abelardo Estorino conquistó éxito de público y crítica, esta ocasión, con *La Má Teodora* y Alberto Sarraín, aun con las manchas señaladas, constituye un hecho cultural de significación, en tanto acerca, conjuga y hermana el teatro cubano de ambas orillas, evidenciando, por demás, que *en teatro, como en todo, podemos crear en Cuba*, tal diría Martí a fines del XIX.





PEPE MURRIETA

Un momento clave de *Los hermanos queridos*, con Otón Blanco y Nieves Rivalles.

### Los hermanos queridos

En la sala *Hubert de Blanck*, estuvo *Los hermanos queridos*, del destacado dramaturgo, director escénico, actor y titiritero argentino Carlos Gorostiza que, dirigida por el experimentado actor y realizador Luis Brunet, sería asumida por valiosos actores de dicha compañía.

Pieza emblemática del importante autor realista —en cuya formación tuvo que ver la sólida tradición del progresista *Teatro Libre* desde los años 30 y acrecentada a fines de los 70 y 80, a pesar de la dictadura militar en ese país— tiene un poco que ver con la poética social del también dramaturgo de *El puente* que, escrita y estrenada en el Buenos Aires de 1949, sería presentada al año siguiente en La Habana.

Al respecto, confiesa Gorostiza a la colega Teresa Naios: “Todo lo que oriente y estimule a modificar estructuras, contará con la adhesión ideológica y práctica de nuestro pueblo, que siente la angustia de ser despojado no solo económicamente, sino también de las facultades creadoras que toda persona tiene.”

A partir de una aparentemente simple problemática familiar, se abordan en la obra aristas sociales y económicas que afectan a la sociedad rio-

platense, sin por ello convertir el “mensaje” en panfletario sino, al contrario, el autor dimensiona su discurso, acorde con uno de sus principios clave, también expresado a la crítica teatral mencionada: “Quiero que mi teatro plantee problemas y muestre (...) la salida política que requieren (...) Concientizar es un modo de ramificar mis facultades autorales e intensificar el diálogo.”

Con tales premisas ideoestéticas, Luis Brunet concibe una lúcida puesta, acorde con los preceptos de Gorostiza. En consecuencia, provisto de experimentados actores como Otón Blanco y Pedro Díaz Ramos (los hermanos), sus esposas (Nieves Rivalles y Nancy Rodríguez), el amigo de la familia (Renecito de la Cruz) y la hija (Judith Carreño) y Mayelín Barquero), el realizador consigue un espectáculo mesurado, sin altas tensiones, acorde con el tono de la pieza, en la que no acontecen crisis, porque los traumas, rencores y frustraciones continuarán con la vida de estas criaturas inmersas en sus bajas pasiones de cada día.

Con *Parece blanca* y *Los hermanos queridos*, la escena se ha visto reforzada durante las últimas semanas, hecho que agradecen todos los amantes de las tablas.

WALDO GONZÁLEZ LÓPEZ

## AQUÍ, TV Contar un cuento

Por SAHILY TABARES



**E**L Cuento (CUBAVISIÓN, martes, 10:00 p.m.) propone una mirada más diversa y abarcadora en cuanto a recreación artística de obras cubanas y universales. No hay dudas de que esta emisión puede orientar el interés del receptor hacia autores y lecturas. Su proyección debe ser inteligente y juiciosa en ambos sentidos.

Con anterioridad, el espacio *Historias cotidianas* se vio limitado por la inmediatez y, en ocasiones, sufrió la inclusión de textos intrascendentes o puestas que no marcaron pautas estéticas en el ámbito ilusorio de la televisión.

Contar un cuento tiene su misterio. El género, en sí mismo, es misterioso. Llevarlo a la TV exige tener en cuenta el lenguaje de este medio. De ahí la importancia del guión, que al compararlo con una parte del cuerpo, la dramaturga y guionista brasileña Renata Pallotini, lo llama el corazón.

*El ojo de la noche*, de Karla Suárez, fue llevado a la pequeña pantalla por Lucía Chiong. En su propuesta logra combinar intensidad y unidad interna en una historia que aborda la relación entre la pareja, la búsqueda de la felicidad. Como en todo buen cuento, la imaginación no violenta la realidad, sino que se basa en ella.

Con su ingenio, el director Charlie García establece un juego intertextual que no dice, sugiere; no anticipa soluciones. Más bien se regodea en los planteamientos temáticos a partir de la intencionalidad dramática sostenida por el peso de la imagen, lecturas de la psicología de los personajes (en especial descuella la interiorización de Tahimí Alvaríño), el apoyo sustancial de Rafael García (fotografía) y la edición de Luis Najmías, elementos que realzan lo verosímil del relato aderezado con una oportuna carga de ironía, dada por la realidad detrás de la apariencia.

Pero no siempre *El Cuento* transita por un camino sólido. A veces, como ocurrió en *El verdugo*, el guión no mantiene la altura necesaria. Resultó insuficiente la intención del director Juan Pin de subrayar una intensidad debilitada en la estructura de la historia y en la caracterización de los personajes. No obstante, Mijaíl Mulkay sobresale en la interpretación.

En la medida en que *El Cuento* alcance estabilidad en horario y promoción desde la propia TV, se afianzará en el hábito del receptor. Los programas unitarios, por lo general, no se encuentran entre los más favorecidos respecto a condiciones técnicas y logísticas. En ocasiones, las limitaciones materiales constituyen un obstáculo, pero no siempre es así. Lo fundamental es desterrar consideraciones subjetivas, valoraciones poco afortunadas y prioridades mal examinadas.

La TV es de todos y merece ser cada día más culta y amena.